

XOSÉ MANUEL NÚÑEZ SEIXAS: *Imperios de muerte: la guerra germano-soviética, 1941-1945*, Alianza Editorial, Madrid, 2007, 380 págs.

En palabras de su autor, Xosé Manuel Núñez Seixas —catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela—, *Imperios de muerte* pretende ser una *síntesis informada e interpretativa* del conflicto germano-soviético *con dosis de investigación y reflexión propia*. Su origen está en el interés del profesor compostelano por la historia social, política y cultural europea del siglo xx, así como en la bibliografía y la documentación que ha utilizado para elaborar una *monografía definitiva* sobre la División Azul, la célebre unidad española de voluntarios enviada por Franco para ayudar al Tercer Reich en su cruzada contra el comunismo. En cualquier caso, el libro no se centra en la historia de las operaciones militares del Frente del Este, sino en una serie de temas propios de la denominada *nueva Historia Militar*, como son el adoctrinamiento de las sociedades para la lucha y la respuesta de soldados y civiles a la situación bélica, incidiendo en la experiencia de los combatientes. Así pues, este enfoque será del gusto de un amplio número de lectores refractario a la historia de batallas, mientras que para los familiarizados con el tema la obra aportará nueva bibliografía y datos estadísticos recientes.

En cuanto a su estructura, las casi cuatrocientas páginas de la monografía se dividen en seis capítulos, precedidos por una breve introducción, y terminan con una cronología a la que siguen las fuentes documentales —germanas, salvo el archivo del autor y de un particular español—, la bibliografía —en su mayor parte posterior a 1980 y en alemán—, y un índice onomástico. Con buen criterio didáctico, las siglas y los términos alemanes y rusos empleados en la narración se explican a medida que van apareciendo, aunque ya se nos ofrece un listado de todos ellos previo a la introducción. Por otro lado, tampoco faltan las notas a pie de página con aclaraciones, referencias documentales y bibliográficas, ni los mapas para situarnos en los escenarios bélicos del *Frente del Este*. Además, a la llamativa portada en color —un grupo de soldados alemanes incendiando una población— se añade una selección de imágenes (fotografías, carteles y cuadros) en las páginas centrales para ilustrar el texto. En suma, *Imperios de muerte* busca el equilibrio entre las exigencias de la academia y la divulgación, un mérito que, paradójicamente, rara vez se valora en el mundo universitario español. Es más: el esfuerzo de los autores por trasladar a la sociedad los frutos de la investigación que financia sólo suele merecer un premio: el éxito editorial, y a nuestro juicio *Imperios de muerte* puede conseguirlo. Pero sigamos con su comentario. Una vez hecha la presentación general, ahora nos toca analizar más a fondo la forma y los contenidos.

Pues bien, consecuente con su intención de informar con amenidad, Núñez Seixas se aproxima al lector a través de un estilo ágil y directo, sin desdeñar las expresiones coloquiales cuando lo estima oportuno e, incluso, utilizando titulares impactantes propios de la crónica periodística (*Tormenta en la estepa...*, *La degradación de prisionero* o *La «batalla del siglo»: Stalin-grado*). El resultado es un relato vívido, aderezado con testimonios de los combatientes de ambos bandos, de sus líderes políticos (Hitler y Stalin) y de sus mandos militares. Sin embargo, no estamos ante una obra sensacionalista ni éticamente neutral. Por el contrario, el autor declara desde el primer momento su voluntad de denunciar la brutalidad del Ejército hitleriano en la *campaña de Rusia*, a menudo encubierta por un argumento *victimista* muy extendido en la República Federal Alemana y en Austria hasta los años noventa del siglo pasado: los crímenes contra la humanidad y la violación de todas las reglas bélicas fueron cosa de una minoría de fanáticos nazis (las SS, la GESTAPO y otras secciones especiales del aparato militar hitleriano), no del ejército regular formado por conscriptos, la *Wehrmacht*. Además, se nos deja claro que ese argumento exculpatorio —*La leyenda de la «sana wehrmacht»*— sólo fue tolerado por los aliados anglosajones para *consumo interno* de los vencidos una vez que estalló la Guerra Fría. De hecho, al margen de las películas propagandísticas sobre el frente oriental rodadas en Hollywood durante la contienda, si hacemos memoria, raro es el film británico, francés, italiano o estadounidense donde el *feldgrau* (el color gris verdoso del uniforme alemán, el *moho* para la resistencia francesa) no sea un símbolo del mal. Por tanto, ya sea en la estepa rusa, en Italia, Noruega o en Normandía, los germanos son casi siempre presentados como fanáticos sanguinarios o, cuando menos, sumisos colaboradores de sus perversos mandos (1). En realidad, se trata de la imagen corregida y aumentada de los brutales soldados del káiser que, no lo olvidemos, alcanzaron fama de pérfidos y despiadados durante la Gran Guerra (2). Pero no es este el lugar para abor-

(1) Quizás el ejemplo más claro para el caso que nos ocupa sea el del film norteamericano *The North Star* (1943). En esta cinta, los médicos de la *Wehrmacht* no tienen escrúpulos en utilizar a los niños de un pueblo ucraniano para realizar transfusiones de sangre a sus heridos condenándolos a muerte. El cirujano jefe del hospital militar desprecia a los nazis, pero no se niega a colaborar con ellos y a sacrificar a los menores. Finalmente, el médico local —formado en Alemania— mata al perverso galeno, pero antes pronuncia una acusación contra todos los habitantes del *Reich* que se han plegado a los designios de Hitler y sus secuaces.

(2) Precisamente, Ernst Jünger (Heidelberg, 1895-Wilflingen, 1998), el controvertido escritor y pensador alemán que adquirió renombre con *Tempestades de acero* (1920), su personal testimonio sobre la guerra de trincheras, intentó en esta y otras obras, como sus diarios personales de la II Guerra Mundial, *Radiaciones*, desmentir ese tópico. Quizás la oscarizada

dar con detalle las acciones de los *siervos del mal*, como ha denominado un reciente documental británico a los soldados que prestaron juramento de fidelidad al *führer* entre 1939-1945. En todo caso, según nos informa Núñez Seixas, los veteranos y la historiografía germana seria han terminado por reconocer la participación de la *Wehrmacht* en la guerra de exterminio que Adolf Hitler planeó contra la Unión Soviética: la operación *Barbarroja*. No en vano, este nombre en clave de la invasión recordaba la cruzada contra los *paganos eslavos* dirigida en el siglo XII por el emperador del Sacro Imperio del mismo apodo: Federico I Hohenstaufen. En consecuencia, los ejércitos de Stalin se condujeron con parecido salvajismo hacia sus enemigos, pero al contrario que el caudillo nazi, sostiene el profesor compostelano, los planes del dictador georgiano no contemplaron el exterminio físico ni de los alemanes ni de *ninguna categoría global de población* como un objetivo *en sí mismo*.

Concluyendo: aunque aún hay ex combatientes que no desean aceptar el pasado, los alemanes y sus actuales dirigentes han reconocido la culpa. El valor de ese reconocimiento es fundamental, pues sin un acto de contrición, el perdón y la reconciliación definitiva entre los antiguos enemigos es imposible. Durante los últimos años, una serie de exposiciones sobre las atrocidades de los ejércitos del *Reich* que han recorrido la República Federal demuestran que la historia debe ser asumida (3).

Por otro lado, *Imperios de muerte* no sólo cuenta la barbarie de los invasores, sino que también desmitifica la *Gran Guerra Patriótica* contra el nazismo forjada por los soviéticos a partir de 1945. En efecto, si bien el colaboracionismo de los habitantes de Rusia y de las nacionalidades oprimidas por la URSS durante la ocupación germana es un fenómeno conocido, ahora se nos revelan los últimos datos descubiertos a raíz de la caída del régimen comunista y la apertura de sus archivos. Con todo, las páginas dedicadas a los soldados de Stalin son probablemente el aporte más original del libro, pues nos permite comparar al combatiente tipo alemán, el *landser* (soldado de infantería) con su antagonista ruso, el *frontovik*, de quien, salvo la imagen tópica de luchador valeroso y sufrido, apenas teníamos información en español. Además, *Imperios de muerte* desvela las claves para movilizar a las masas contra el enemigo teu-

película norteamericana basada en la novela antibélica de Erich María Remarque, *Sin novedad en el frente* (1930, dos premios de la Academia) haya sido la mejor respuesta a la imagen del malvado soldado del Káiser. Sin embargo, durante el primer conflicto mundial, el comportamiento de las tropas y de la oficialidad germana fue más cruel con los combatientes rusos.

(3) Tampoco olvidemos la cinematografía reciente. *Stalingrado* (Joseph VILSMAIER, 1992) puede ser un buen ejemplo de cómo se ha aceptado la brutalidad del ejército alemán.

tón, objetivo para el cual se echó mano de todos los recursos tradicionales contra el invasor de la *Madre Rusia*, hasta llegar, paradójicamente, a proclamarse una *guerra santa* apoyada por la iglesia ortodoxa que dejaba en segundo plano el internacionalismo comunista. No era para menos. Según acabamos de decir, el nazismo desencadenó una guerra de exterminio. Una guerra de exterminio para acabar con el comunismo asociado al no menos odiado enemigo judío (el *judío bolchevique*). A la vez, el III Reich perseguía otro objetivo irrenunciable: un área de expansión o «espacio vital» (*lebensraum*) sobre el que asentar el *Imperio de los mil años* soñado por Hitler. Los rusos supervivientes y los demás pueblos de la URSS, considerados en su conjunto como razas inferiores, serían esclavizados por el *herrenvolk*.

Tal vez en este aspecto, el de las causas de la invasión y la conformación de la imagen de un enemigo despreciable, digno de aniquilación y contra quien el enfrentamiento era inevitable, el autor podría haberse detenido un poco más. No en balde, él mismo nos advierte que el miedo a la amenaza asiática se remontaba a los primeros intentos de conformar una nación alemana —la Asamblea de Frankfurt de 1848—; y también nos refiere la feroz lucha de las milicias baltoalemanas contra la invasión comunista de Estonia, Letonia y Lituania entre 1918-1919. No fue difícil, por tanto, que el Tercer Reich, avalado por la *recuperación imperial soviética* —iniciada en noviembre de 1939 con la guerra contra Finlandia tras la ocupación de la parte de Polonia pactada con Hitler—, presentase la agresión como una *guerra preventiva* para impedir el inminente asalto bolchevique (4). Ahora bien, si se nos habla del temor ancestral de los europeos *ante la exótica e inquietante Asia* (5) y del miedo al avance del comunismo en la Europa de entreguerras,

(4) En 1940 continuó con la ocupación de los países bálticos, la anexión de Besarabia y parte de Bukovina.

(5) Estas palabras corresponden a Albert Speer, el arquitecto personal de Hitler que llegó a ser su eficiente ministro de armamento (1942-1945). En el *Diario de Spandau*. —Barcelona, Plaza y Janés, 1977 [Frankfurt, 1975]— dedica varios párrafos de interés al tema (19 de abril de 1947), llegando a afirmar:

Me veo obligado a manifestar, no obstante los delitos descubiertos en Nuremberg, que nosotros no fuimos exclusivamente una banda de conquistadores propagando despropósitos sobre pueblos de señores y seres infrahumanos. En muchos alentó algo similar al espíritu de los cruzados europeos: por primera vez, al cabo de un milenio y medio, tuvo lugar el reflujó desde Europa hacia Asia. Durante la fase final de la guerra escuchamos a Eisenhower cuando expuso el concepto de «cruzada». Fue una idea que sustentaron no pocos de los nuestros, pero que sucumbió bajo los bárbaros grupos de asalto. Numerosas unidades de flamencos, valones, españoles, escandinavos, franceses y otros quienes se incorporaron voluntariamente a nuestras fuerzas revelaron con emoción sincera, aunque efímera, una reacción generalizada de este continente, un apasionamiento europeo.

o de la ambición nazi para conseguir, como los británicos, su India particular, ¿por qué no dedicar unas líneas al concepto de espacio vital (*lebensraum*) acuñado por Ratzel a fines del siglo XIX, y a la influencia de la política expansionista hacia el Este promovida por el II Reich durante la I Guerra Mundial? Tampoco estarían de más unas líneas sobre el profesor Karl Haushofer y su influencia sobre el *führer*. De todos modos, Núñez Seixas deja claro que el ansia de un imperio era tan del agrado de las élites conservadoras germanas como de una parte de los mandos de la *Wehrmacht*. Asimismo, para llevar a cabo su proyecto expansivo los nazis precisaban de los recursos de la URSS, pues, dada la penuria financiera y material de Alemania, eran conscientes de la imposibilidad de sostener con éxito una guerra de larga duración. De ahí el planteamiento de las campañas breves y fulminantes que dieron origen a la *Guerra relámpago (Blitzkrieg)*, bajo la cual sucumbieron entre 1939 y 1941 Polonia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Francia, Yugoslavia y Grecia. Según el presuntuoso *führer* nazi, la URSS, cuya capacidad militar había quedado en entredicho durante su enfrentamiento con Finlandia (invierno de 1939-1940), tampoco podría resistir el empuje combinado de las fuerzas acorazadas, la aviación, la artillería y la infantería del *Reich*.

Con el capítulo 2 —*Buscando el corazón de la bestia*—, se inicia el análisis de la campaña del Este, narrándonos en primer lugar el desarrollo del ataque alemán desencadenado el 22 de junio de 1941. Aquí, las necesidades de síntesis obligan al autor a pasar por alto los habituales comentarios acerca de los preparativos de la invasión, las dudas del generalato y de algunos dirigentes nazis, la insuficiencia de los medios humanos y materiales —armamento, transporte, suministros— de la *Wehrmacht* para cumplir un objetivo tan ambicioso, así como el retraso que ocasionó la intervención de los ejércitos hitlerianos en los Balcanes (abril-mayo) —para bastantes expertos un factor crucial—. En cualquier caso, la originalidad del texto vuelve a ser el tratamiento de la respuesta soviética a la agresión, y en particular la descripción del papel de Stalin y sus atroces medidas para contener a los invasores (ejecución de los mandos derrotados y de los sospechosos de cobardía, condena por traición a quienes se rendían al enemigo...). Por otro lado, el autor hace patente cómo la sujeción de los ejércitos enfrentados a la voluntad de dos dictadores despiadados que intervenían en la planificación de la lucha imponiéndose a sus respectivos comandantes, agravó la tragedia. Una tragedia en la cual jugaron un papel importante las tropas de los países satélites del *Reich* (en particular Hungría y Rumanía), junto con el aliado italiano, ya que en algún momento supusieron la cuarta parte de la fuerza invasora. Y es en este subapartado del capítulo dos —*La «Cruzada europea contra el*

bolchevismo»—, cuando encontramos a la mencionada División Azul española y a las distintas unidades de voluntarios europeos y de las nacionalidades no rusas de la Unión Soviética integrados en las *Waffen SS* o en el ejército del Este (*Ostheer*) que combatieron por el *führer*. Tampoco se pasa por alto el papel de los auxiliares rusos, ni la posterior venganza estalinista contra quienes, forzados o no, colaboraron con el aparato militar de Hitler.

Mas volviendo al desarrollo de las operaciones, se nos brinda un intenso relato del embate alemán en sus tres frentes: hacia el Norte, con Leningrado como objetivo; hacia el centro, para tomar Moscú; y hacia el Sur, a fin de ocupar Ucrania y alcanzar el Cáucaso, hasta su detención con la llegada del crudo invierno de 1941-1942. Entonces, los elementos y el alto desgaste ocasionado por meses de duros combates, así como el sacrificio de los ejércitos soviéticos, terminaron frenando a las vanguardias acorazadas germanas, que diezmadas y ateridas de frío se habían aproximado a pocos kilómetros de Moscú. También en Leningrado y en Rostov los teutones fueron contenidos, pero fue a las puertas de la capital rusa donde tuvo lugar la contraofensiva que estuvo a punto de ocasionar el desastre de la *Wehrmacht*. Hitler había subestimado al enemigo y se vio sorprendido por una reacción imprevista, sin embargo el colapso de los ejércitos del *Reich* no se produjo. Todavía faltaban más de tres años de lucha sin cuartel.

Al llegar al capítulo 3, titulado *una guerra diferente: brutalización, explotación y exterminio*, entramos en el análisis del *Ostheer* y su comportamiento. Es aquí cuando Núñez Seixas pone en evidencia el «mito de la *Wehrmacht* invencible», en realidad un ejército víctima de la propaganda nazi, pues, según se ha dicho antes, carecía de la potencia precisa para batir un objetivo de la magnitud de la Unión Soviética. En efecto, insistimos: la maquinaria bélica germana fue diseñada para un conflicto breve, e incluso las victoriosas campañas de 1940 en el Oeste no pudieron ocultar graves deficiencias que se hicieron más patentes en el extenso frente oriental (por ejemplo, el insuficiente armamento de los *panzers*, la falta de transportes motorizados o de bombarderos estratégicos). Por otro lado, pese las sucesivas derrotas, al contrario de lo que había sucedido en Francia, los soldados de Stalin opusieron una tenaz resistencia que desconcertaba a los estrategas alemanes. Y, para colmo, los soviéticos tampoco tardaron en demostrar superioridad tecnológica donde más dolía al orgullo nazi: en los carros blindados. Aunque en estas páginas no se consigne, la aparición de los pesados KV-1 y de los maniobreros T-34 causaron estupor entre las tripulaciones de los *panzers*, que necesitaron de toda su pericia y arrojo para salir bien libradas de los choques con las sorprendentes máquinas del Ejército Rojo. De hecho, la recomendación de copiar el T-34 mortificó a los proyectistas de blind-

dados germanos. Sin embargo, el núcleo del capítulo tres, consecuente con la Nueva Historia Militar, es el examen de la composición y de la actuación de las tropas del *Reich*. De ahí la atención especial a la deshumanización del conflicto. Entramos entonces, una vez familiarizados con el duro entrenamiento del soldado alemán, la organización de sus unidades, el fervor nacionalsocialista de sus jóvenes oficiales y su penosa vida durante la campaña, en el relato sobre la despiadada conducta de las huestes teutonas. Un relato que describe la crueldad del tratamiento dado a los prisioneros rusos y el exterminio sistemático de los comisarios políticos y de los judíos.

Ciertamente, según constata el autor, no todas las unidades del *Ostheer* tenían las mismas posibilidades de cometer crímenes y además hubo mandos, oficiales y soldados que se negaron a cumplir las órdenes del *führer* —*la guerra contra Rusia no será una guerra caballeresca: están en juego diferencias raciales, y por tanto será conducida con una dureza sin precedentes, implacable e inflexible...*— (6); pero, claro, esas excepciones apenas limitaron la barbarie que provocó luego la reacción soviética contra el invasor, un nuevo estímulo para que el infante alemán luchase hasta el final sin contemplar la desertión. En medio de tan sombrío panorama, al menos tenemos un pequeño consuelo: en general, ni las unidades italianas ni las españolas dispensaron el mismo trato a la población civil y a los cautivos, si bien para estos últimos, una vez liberados, el régimen estalinista no reservó mejor suerte: la humillación, el campo de trabajos forzados e incluso la pena de muerte aguardaban a quienes se habían rendido.

Sin duda, las páginas dedicadas al colaboracionismo y a la guerra partisana son otro aliciente del denso capítulo 3, que nos desvela la contribución de las tropas regulares soviéticas en la lucha guerrillera, un fenómeno, ahora que conmemoramos el bicentenario de la Guerra de la Independencia, a menudo olvidado en el caso español. Pero en el libro que nos ocupa, sobre todo llama nuestra atención la pujanza de la guerrilla ucraniana (casi 100.000 efectivos en 1944), una fuerza que combatió no sólo a los alemanes, sino también a los partisanos polacos, a sus compatriotas prosoviéticos y al mismísimo Ejército Rojo, llegando a perdurar hasta los años cincuenta. Por otro lado, los dos epígrafes que cierran *una guerra diferente*, no son menos atractivos. El primero, *¿producir o matar? Los dilemas de la explotación económica de los territorios ocupados*, aborda un aspecto crucial del conflicto: los planes de saqueo y su implementación en el territorio ocupado por la *Wehrmacht*, donde, de nuevo, vemos la brutalidad para con la población civil,

(6) Cit. por John KEEGAN, *Barbarroja*, Madrid, 1979, pág. 49. Las órdenes y directrices del *führer* son analizadas pormenorizadamente en las páginas 49-54 de *Imperios...*

abandonada a su suerte y convertida en fuente de mano de obra forzada. Este sería el principal rédito de la conquista. Las cifras millonarias de trabajadores empleados en Alemania lo avalan (alrededor de 3,2 millones de ciudadanos soviéticos entre 1941 y 1945). En cuanto al segundo epígrafe, *¿Hubo oasis en el infierno? Las relaciones cotidianas en los territorios ocupados*, podemos decir que sirve para completar el cuadro de las relaciones entre los conquistadores y las poblaciones sometidas. El cuestionamiento de una supuesta convivencia idílica entre ocupantes y ocupados es el centro de un apartado que incide en cómo las relaciones entre los habitantes de campos y ciudades y los vencedores estuvieron supeditadas a la necesidad de sobrevivir por ambas partes. Entre los diversos testimonios de lo sucedido, los de las tropas españolas de Hitler sirven para confirmarlo.

En *Escenarios decisivos*, volvemos a las principales batallas del frente ruso entre 1941 y 1943: el cerco de Leningrado, Stalingrado y Kursk. De nuevo el dramatismo y la violencia de todas ellas asombran. Las cifras hablan por sí mismas: entre 1 y 1,3 millones de civiles muertos durante el cerco de Leningrado (1941-1944); en Stalingrado (verano del 42- invierno del 43) entre 1.640.000 y 2.000.000 millones de víctimas si sumamos a los soldados soviéticos, alemanes, rumanos, húngaros e italianos los desdichados habitantes del lugar que no pudieron huir; en Kursk (julio de 1943) en torno a 153.000 efectivos de ambos bandos cayeron en sólo unos días de durísimos combates. En síntesis, tal y como afirmaban los mandos germanos, el frente ruso fue una *máquina de hacer picadillo*. Sin embargo, no es la narración de los choques armados lo que cautivará al lector, sino probablemente el capítulo 5 —*Por la patria hacia la victoria*—, donde la razón de Estado defendida por Maquiavelo en *El Príncipe* y los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* a principios del siglo XVI, fue aplicada a un nivel sin precedentes. En efecto, si el pensador florentino sostuvo que la salvación de la comunidad justificaba cualquier sacrificio personal o la violación de las leyes morales adentrándose en la *senda del mal* (7), Stalin y sus colaboradores aplicaron su máxima hasta el extremo. Así, ningún medio fue escatimado para movilizar a la población soviética en la lucha a muerte librada contra el nazismo, de forma que el terror y la coacción no dejaron alternativa a los millones de civiles y soldados —hombres y mujeres— movilizados. Por consiguiente, si la resistencia e incluso el fanatismo de las tropas soviéticas se hicieron legendarios, no se puede ignorar la acción de los *destacamentos de bloqueo* dispuestos a disparar por la espalda a los combatientes que flaque-

(7) Llegó a declarar en una carta a su amigo Vettori: *Amo a mi ciudad más que a mi propia alma*. Carta de 16 de abril de 1527.

ban o pretendían desertar; las compañías de castigo, las represalias sobre las familias de los desertores o las leoninas condiciones de trabajo impuestas a los obreros. En suma, además de la propaganda y el odio contra el invasor, la brutalidad garantizó la inmolación de millones de rusos en aras de la supervivencia de la patria. A la postre, para muchos hombres —y no sólo para los comunistas soviéticos partidarios de Stalin—, como también manifestó Maquiavelo, los resultados excusaron al *zar rojo* y sus métodos. De hecho, cuando a partir del verano del 43 la *Wehrmacht* comenzó a desmoronarse ante el empuje del Ejército Rojo, uno de sus mejores estrategas, el general Manstein, también llegó a pensar en la utilidad de seguir el ejemplo romano y diezmar algunas de sus unidades. Con todo, y aunque no cita este ejemplo, el libro de Núñez Seixas testimonia la sorprendente tenacidad de los invasores pese a los sucesivos reveses y al trauma de Stalingrado. No cabe duda de que buena parte de ellos, al igual que los rusos, pensaron que el destino de la patria estaba en sus manos y la moral continuó alta hasta casi el último momento. De todas formas, la superioridad soviética en efectivos, armamento y recursos, en la cual, como se señala a lo largo de estas páginas, no fue desdeñable el aporte de los aliados anglosajones (vituallas, medios de transporte, armas, combustible), terminó inclinando la balanza hacia el lado de los *frontoviki*. Por último, la terca negativa de Hitler a ceder territorio y su desafortunada intervención en la dirección de las operaciones militares (Stalin, escarmentado, abandonó el manejo del frente a sus generales antes de Stalingrado), aceleraron el desastre del ejército alemán del Este, cuyos planes, gracias al eficaz servicio de espionaje soviético, llegaban a veces antes a Moscú que a sus mandos.

Después de leer *el contraataque definitivo: camino de Alemania*, la secuencia de derrotas de la *Wehrmacht* nos lleva al epílogo del conflicto: el capítulo 6, donde asistimos a *la venganza de Iván*. Así, desde noviembre de 1944, con Stalin controlando la ofensiva, las tropas soviéticas se prepararon para asestar el golpe de gracia al III Reich, acosado en su frontera occidental por los anglo-norteamericanos. En estas páginas se nos refieren los efectos del odio acumulado por los *ivanes* al entrar en territorio alemán. Entonces, al salvajismo germano, incrementado durante la retirada de Rusia, los soldados de Zhukov, Konev y de los restantes comandantes soviéticos correspondieron desatando su ira sobre los vencidos. En particular, llamará la atención la venganza colectiva sobre las mujeres alemanas, víctimas de violación, tortura y en ocasiones posteriormente asesinadas. Aquí se aventuran cifras millonarias, pero, al parecer, no se trató de una práctica alentada por los mandos del Ejército Rojo. Sea como fuere, durante el último acto de la contienda la falta de piedad del enemigo espoleó a los ex-

haustos guerreros teutones a combatir hasta el final. Veamos los números: entre octubre de 1944 y el día de la capitulación, el ocho de mayo de 1945, los caídos en combate de las divisiones de Stalin se aproximaron a los 400.000. En medio de este drama llegamos al crepúsculo nazi de los dioses: la batalla de Berlín, la venganza soviética definitiva, consumada tras doblegar la defensa fanática de las últimas tropas leales al *führer*. Sin embargo, según hemos anticipado, pese al cruel comportamiento de la soldadesca, la intención de Stalin y de sus generales no fue aniquilar a la población alemana, e incluso antes de la rendición los berlineses pudieron constatarlo a medida que los soviéticos tomaban posesión de sus barrios. En efecto, esta vez los conquistadores, después de sus atropellos, no se desentendieron de la suerte de los civiles y las órdenes del general Bersarin sobre distribución de comida, reparación del suministro eléctrico y restablecimiento de los transportes no fueron papel mojado.

Llegamos, así, al balance que cierra *Imperios de muerte: Un alto precio y un legado ambiguo*. Y como no podía ser de otro modo, volvemos a los números para evaluar el coste del duelo, que sitúan en el primer puesto del ranquin de sufrimiento a los soviéticos: ¿20 ó 30 millones de muertos? Por su parte, los alemanes caídos en el frente del Este se aproximaron a los cuatro millones, a los cuales hay que añadir las bajas de sus aliados rumanos, húngaros, italianos, finlandeses y españoles. Pero, sobre todo, no debemos olvidar las secuelas de la lucha en millones de inválidos, prisioneros, mujeres violadas, refugiados o desplazados de sus hogares y ex combatientes de ambos bandos con estrés postraumático. Tampoco pasa por alto el profesor Núñez Seixas las consecuencias geopolíticas de la guerra, que otorgó a la URSS el estatus de superpotencia al dejar bajo su tutela la mayor parte de Europa central y oriental. Stalin, pues, mantuvo su autoridad y acrecentó el Estado que gobernaba con mano de hierro, pero como el cruel Agatocles de Siracusa (361-289 a. C.), logró poder pero no gloria. De hecho, los *ivanes* victoriosos fueron recompensados con nuevos sacrificios para mantener el imperio soviético en una *Guerra Fría* contra Washington y sus aliados. Con todo, tras el fallecimiento del Zar Rojo en 1953, el recuerdo de la *Gran Guerra Patriótica* ha seguido vivo hasta nuestros días.

Respecto a los derrotados, el autor advierte que el precio que pagaron, siendo muy alto, fue mitigado por el desarrollo posterior de las dos Alemani-
nias. En especial, el milagro económico producido en la República Federal por el Plan Marshall y el *modelo renano* —aunque no se use aquí este último nombre ni se dediquen unas líneas a presentarlo—, tuvo mucho que ver con el esfuerzo *desnazificado* de los ex combatientes. Ahora bien, un elevado porcentaje de esos mismos hombres no lograron superar la mala conciencia

de su comportamiento en el frente oriental. El tiempo no siempre lo cura todo, pero sí suele terminar descubriéndonos la verdad. En consecuencia, *Imperios de muerte* finaliza como empezó: recordándonos que la historia exculpatoria elaborada en Alemania para *consumo interno*, la de la imputación de las atrocidades cometidas en Rusia a una minoría de fanáticos nazis, ha terminado desmintiéndose y no hay pretexto que la justifique. Ya lo dijo uno de los más célebres filósofos del siglo XX que huyó del III Reich, Eric Voegelin: *Nadie está obligado a participar en la crisis espiritual de una sociedad; al contrario, todos estamos obligados a evitar esta locura y vivir nuestras vidas de forma ordenada.*

Manuel M.^a de Artaza Montero
Universidad de Santiago de Compostela

JAVIER FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y JUAN FRANCISCO FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Alianza Editorial, Madrid, 2008, 1395 págs.

«EL LENGUAJE DE LA DICTADURA Y DE LA DEMOCRACIA»

El Diccionario

La primera sensación que tiene el lector cuando contempla este *Diccionario político y social del siglo XX* es que se trata de una magna obra que, sin duda, es mucho más que un mero diccionario, entendido como un compendio léxico que ofrece la definición de cierto número de palabras. Cuando, pasado ese momento inicial, empieza a usarlo y a consultar sus distintas voces, la primigenia impresión se confirma y desborda hasta poder afirmar que se trata de un acontecimiento historiográfico. Con las deficiencias que inevitablemente tiene cualquier obra de estas dimensiones y características, con la inevitable asimetría entre la calidad de unas aportaciones y otras, con la diversidad metodológica que se hace palpable y lógica dada la pluralidad de autores —no todos igualmente familiarizados con la historia conceptual—, con las ausencias de conceptos que a uno le gustaría encontrar pero a las que las limitaciones del papel obligan —pienso, por ejemplo, en «Rojo/s», tan relevante durante un período de nuestra historia del xx—; o incluso con la duda de que algunas de las entradas sean realmente conceptos fundamentales, tal y como la *Begriffsgeschichte* en general, y Koselleck en particular, los definiera hace ya varios decenios.

Sobre todos esos pequeños detalles se impone el conjunto, el enorme valor que tiene esta contribución historiográfica de primera magnitud. Y en